

DaBAR



Ciclo_C

17 de abril de 2025
Jueves santo

n^o
24

Año LI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Hora santa

El único mandamiento de los cristianos

Jesús, al final de su vida, la noche antes de ser matado, dice que nos deja un Mandamiento Nuevo: «Un Mandamiento Nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. Así como yo os amo, debéis también amaros los unos a los otros» (Jn 13,34).

No basta que nuestro amor de hermanos se demuestre en unas pequeñas ayudas de unos a otros. Ni en dedicarle un rato de nuestro tiempo a los demás. Ni en dar limosnitas, o buenos consejos. Lo que nosotros llamamos «obras de caridad» está muy lejos de la caridad cristiana. Se trata de un compromiso por los demás que ponga en peligro nuestra comodidad, nuestro dinero, nuestras ocupaciones y toda nuestra existencia. Se trata de dejar nuestra vida en el camino de la hermandad, ya sea poco a poco o de un solo tirón. Nada debe estar por encima del amor a los hermanos.

Antes se hablaba de amor a Dios y amor al prójimo. Eran dos realidades distintas. Ahora Dios se ha hecho hombre. Se ha metido dentro de cada uno de nosotros. Está presente en cada persona humana, especialmente en los más necesitados. Cualquier cosa que le hagamos a una persona, le hacemos a Cristo. Quien da un vaso de agua fresca a un niño, le da a Cristo. Donde alguien tiene hambre o sed, allá está Cristo esperándonos. En las familias sin casa; en las zonas campesinas allá vive de nuevo Cristo. Nuestros hijos desnudos son Cristo. En las noches de invierno Cristo es el que no puede dormir a causa del frío. Cristo se enferma cada día por falta de atención médica y de remedios. Cristo está encerrado en muchas comisarías y en muchas cárceles.

Si queremos encontrar a Dios, tendremos que buscarle donde está: en los que necesitan de nuestra ayuda. En los malheridos que cayeron en manos de ladrones y quedaron a la orilla del camino. En todos esos ante quienes la gente pasa de largo y no les quiere ver. Cristo vive en los hombres. Pero nosotros

muchas veces le buscamos en las nubes. Y sin embargo, sus palabras son muy claras: «Os aseguro que todo lo que hagáis por uno de estos, mis hermanos más pequeños, a mí me lo hacéis». Y «siempre que dejéis de hacer alguna cosa a estas personas, a mí mismo me dejáis de hacer» (Mt 25, 40.45).

La noche anterior a su muerte, sabiendo lo que iba a pasar, Jesús le había explicado a su gente el significado de su sangre derramada sobre la tierra. Esa noche habían celebrado la cena de la Pascua en recuerdo de la liberación de la esclavitud en tiempo de Moisés.

Al final de la Cena, teniendo muy presente la historia del Pueblo de Dios, «tomó pan en sus manos, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo: Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros» (Lc 22,19). Después les pasó un vaso de vino y dijo: «Esta es mi sangre. La sangre de la Alianza Nueva y Eterna, que será derramada por vosotros» (Lc 22,20). Al día siguiente entregó su cuerpo a la muerte y su sangre fue derramada por nosotros.

En el Sinaí Moisés había firmado con sangre una Alianza entre Dios y su Pueblo (Ex 24, 4-8). La firma consistió en derramar la sangre de un animal sobre el altar de Dios y sobre el pueblo. Ahora Jesús firma con su propia sangre una nueva amistad, una nueva Alianza entre Dios y los hombres (Heb 9, 11-14). Como en tiempo de Moisés una misma sangre se derrama sobre Dios y los hombres. Pero ahora no es la sangre de un animal. Es la sangre de Cristo. Sangre de Dios y sangre de hombre. Pues Cristo es Dios y es hombre. En él estamos todos representados. Entonces Moisés había explicado largamente en qué consistía el pacto de hermandad que hacía el pueblo con su Dios. Ahora Cristo, el nuevo Moisés, también ha explicado largamente, sobre todo la noche antes de su muerte, el nuevo pacto de hermandad que sus seguidores se comprometen a cumplir.

Allí eran los Diez Mandamientos. Aquí es el Mandamiento Nuevo.

Una diferencia esencial hay ahora. Se trata de una Alianza mejor que la de Moisés, basada en mejores promesas. (Heb 8,6). La sangre derramada de aquellos animales consagrados a Dios, no tenía ninguna fuerza en sí para hacer cumplir las leyes de Moisés. Pero la sangre de Cristo puede cambiar nuestro corazón de manera que seamos capaces de organizarnos en un verdadero Pueblo de Hermanos (Heb 8,8-13). Moisés hizo una Alianza de leyes escritas. Cristo hace una Alianza que cambia los corazones (Rom 5,5), que destruye el egoísmo (Rom 11,27), que nos da el espíritu de la hermandad (2Cor 3,6).

Por la sangre de Cristo nos podemos acercar con confianza a Dios. Con corazón tranquilo. Sin ninguna clase de miedo. En tiempo de Moisés Dios hizo un pacto con un solo pueblo elegido: los israelitas. Ahora, en la Nueva Alianza, «Cristo con su sangre ha comprado para Dios a hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación» (Ap 5,9). Todos tienen abiertas las puertas del Nuevo Reino de la Hermandad. La muerte y la resurrección de Cristo forman la Nueva Pascua. El Nuevo Exodo. La liberación de las esclavitudes de todos los hombres del mundo. Es de nuevo 'el Paso de Dios» que nos ha libertado y que nos seguirá libertando siempre.

La Nueva Pascua es el comienzo de la vida del Nuevo Pueblo de Dios. Es el centro de todo.

Al igual que los israelitas, que celebraban la cena pascuai como símbolo y renovación del paso de Dios entre ellos, los seguidores de Jesús también deberán celebrar siempre su Cena Pascual: la Santa Misa. Jesús nos mandó hacer así la noche en que iba a ser entregado (Lc 22,19).

Nuestra Cena Pascual representa el reencuentro del pueblo con el Señor. Volvemos a hacer el pacto de amistad entre Dios y nosotros. En virtud de la sangre de Cristo volvemos de nuevo a establecer la vida en común del Pueblo de Dios, rota continuamente por el egoísmo del pecado.

El sacrificio de Cristo se hizo entonces «de una vez para siempre» (Heb 7,27). Una sola vez. Pero por la Misa hacemos presente todo el valor y la fuerza de su muerte. El que se une a la Misa se une personalmente a la Alianza que Dios hizo con su pueblo. Nos asociamos al sacrificio de Cristo. Jesús murió para hacer

de nosotros un Nuevo Pueblo de Hermanos. En la Misa se nos comunica la fuerza para construir este Nuevo Pueblo de Hermanos.

La Misa es una comida en común. Los israelitas en su Cena Pascual comían un cordero asado. Ahora el nuevo Cordero Pascual es el mismo Cristo. Si no comemos su carne no podremos tener vida de hermandad entre nosotros (Jn 6,53). «El que come mi carne y bebe mi sangre vive en unión conmigo y yo con él», dice Cristo (Jn 6,56). «El que se alimenta de mí, vivirá por mí» (Jn 6,57). Es el alimento de la hermandad. El que no comulga se queda débil y no puede vivir la caridad que nos pide Cristo (1 Cor 11,30).

El sacramento de la Comunión es el sacramento del amor de hermanos. El sacramento de la común-uniión con Cristo y común-uniión con los hermanos. Cristo está en el pan consagrado; Cristo está también en los hermanos.

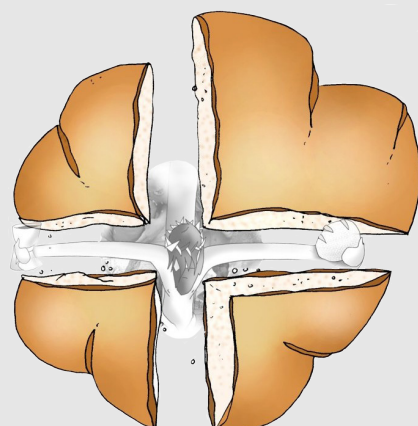
Comulgar es unirnos a Cristo para comprometernos a seguir unidos a nuestros hermanos. Es recibir el amor de Cristo para saber amar a los hermanos. La Misa es el símbolo y la fuerza de la hermandad. Es el compromiso con los hermanos hasta lo último. Hasta el cambio de las estructuras opresoras. Hasta llegar a poner todo en común. Hasta dar la vida por los demás.

Sin el deseo de vivir como hermanos no tenemos derecho a participar en una Misa.

En nuestro tiempo, por desgracia, hay muchas Misas en las que no se ve nada de hermandad. No se pone nada en común. No es un banquete.

Se parece a un restaurante para turistas extranjeros. Nadie se entiende con nadie porque cada uno habla un idioma distinto. Cada uno come en mesa aparte y comidas distintas, según el gusto de cada uno. No hay nada en común.

José Luis Caravias
en «Vivir como hermanos»





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. «El día 14 del primer mes, al atardecer, es la Pascua del Señor» (23, 5). Esta es la prescripción del Levítico que el judío de toda época y lugar ha procurado siempre cumplir: empezaron a celebrar esta fiesta en Egipto (Ex 12), la rememoraron los liberados de la esclavitud, en Guilgal, con Josué (Jos 5, 10ss) y continúan la tradición muchos judíos de hoy. En la época del NT era la fiesta judía más importante.

La etimología del término «pascua» así como sus orígenes, nos son totalmente desconocidos.

Texto. Solía atribuirse antes a la fuente sacerdotal (P) y recoge tradiciones muy antiguas, aunque su redacción última sea posterior al destierro. El relato se divide en dos partes:

Vs 2-11: Ritual del sacrificio y comida de la víctima pascual. Del rebaño de ganado menor se separa un animal, consagrándolo a la divinidad. La fiesta de Pascua se celebra al comienzo de la primavera (primer mes del año, llamado Abib o Nisan), cuando resurge la vida, y en ella ha de participar toda la comunidad. Con la sangre del animal sacrificado se rocían los dinteles de las puertas como rito de defensa contra malos espíritus y desgracias posibles (costumbre parecida a otras más recientes: herradura tras la puerta o, algún sacramental, todavía en uso entre cristianos, como el ramo de olivo/palmera del Domingo de Ramos clavado en los campos contra el pedrisco o colocado en los balcones de casa como escudo protector...). El banquete se celebra al atardecer y su preparación es muy rápida: se comen hierbas del desierto que no necesitaban cultivo. se asa el animal al fuego... Todo esto, así como los detalles del v. 11, evocan las comidas sacrificios de gente nómada tras su jornada pastoril. El origen de la Pascua pudo muy bien ser una fiesta de pastores.

Vs. 12-14: Explicación de estos ritos. La nueva vegetación que surge en primavera es de enorme importancia para la pobre economía de una sociedad pastoril. En sus orígenes, la Pascua pudo ser una fiesta de pastores en la que se celebraba esa fuerza misteriosa de la naturaleza que irrumpe en campos y praderas. Israel, al adoptarla, le dio un nuevo significado: la liberación histórica del pueblo de la esclavitud egipcia. Si para los antiguos nómadas la Pascua, en primavera, evocaba el «paso» de la muerte a la vida en la naturaleza, para los judíos conmemoraba el «tránsito» de la esclavitud muerte a la liberación vida. En agradecimiento al Dios liberador, Israel celebrará esta fiesta cada año.

Reflexiones. El libro de la Misnah, que recopila las leyes orales judías, evoca el espíritu con el que este pueblo celebraba la Pascua en la época posterior al NT. Dice así: «En toda...generación, es un deber para el hombre considerarse a sí mismo como si hubiera salido de Egipto... No a nuestros Padres solamente El los salvó el Santo bendito sea! sino también a nosotros mismos nos salvó en ellos... Por este motivo tenemos el deber de dar gracias, alabar... glorificar y bendecir a Aquél que hizo para nuestros Padres y para nosotros todas esas señales: a El que nos sacó de la servidumbre



hacia la libertad, de la angustia hacia la alegría del duelo hacia la fiesta, y de las tinieblas hacia la gran Luz, y de la opresión hacia la liberación. Y cantemos en su presencia un cántico nuevo: Aleluya».

¿Qué sentido tiene nuestra Pascua? ¿A cuántos sacamos de la servidumbre a la libertad, de la angustia a la alegría, del duelo a la fiesta...? El magnífico gesto de Jesús de hoy nos exige bastante más que lavar unos pies ya limpios. Hay que meter, sin miedo y hasta el fondo, nuestras cuidadas manos en los nauseabundos problemas de la vida para intentar dar alivio a los que padecen. Todo lo demás, pura sensiblería, GESTOS a la galería.

El v. 11 comenta que nuestra celebración de la Pascua es no solo un recuerdo de lo que acaeció en aquel tiempo, sino también una exigencia: estar prontos para una nueva marcha en el momento en el que Dios lo pida. Marcha que implica ruptura con nuestra vida sedentaria de comodidad. con nuestra sociedad de consumo... rumbo a lo desconocido. a la dura condición de peregrinos, de seres comprometidos en la liberación de nuestro mundo Este debe ser nuestro compromiso con el Dios liberador.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Nos encontramos en 11,17-34 la celebración de la cena eucarística, aunque no sabemos si en este momento la comida fraternal precedía a la eucaristía o si esta tenía lugar dentro de la comida fraternal.

Sea como sea, dentro de este relato tenemos el de la institución de la eucaristía en los vv. 23-26. Es el más antiguo en el Nuevo Testamento, ya que tanto el de Marcos como el de Mateo y Lucas son bastante posteriores. Si podemos situar el relato de Pablo hacia el año 56, el de estos evangelistas se data a partir del año 70.

Después de haber criticado a los corintios por su deficiente comportamiento en sus reuniones, Pablo les quiere enseñar cuál debe de ser el verdadero sentido a la hora de reunirse y para ello se refiere a la institución de la cena del Señor, recordando el texto exacto que, seguramente, ya recitaban los corintios.

Pablo no es el autor del texto, sino que recuerda la tradición que llegó hasta él mismo, pues él no fue testigo directo del hecho. Él simplemente es un eslabón de una tradición que se remonta hasta el Señor. Comienza diciendo "Yo recibí una tradición". Utilizar el "yo" le da énfasis a la frase, acentuando la autoridad de Pablo. Y él "ha transmitido" esta tradición. Enseña lo que ha aprendido del Señor. No les va a decir a los corintios nada nuevo, sino que va a resumir la institución de la eucaristía. "En la noche en que iba a ser entregado": la institución tuvo lugar a la vez que Lucas entregaba a Jesús. Aparece aquí la única mención en las cartas de Pablo de la traición de Judas. En ese momento se produce la fracción del pan y la acción de gracias. Cuando dice "Esto es mi cuerpo" se indica la identidad absoluta. Es el cuerpo que murió por nosotros y que se da por nosotros. Y acaba con un mandato: "Haced esto en memoria mía". No es una simple conmemoración, sino un memorial que revive una realidad del pasado (vv. 24-25).

No guarda paralelo la fórmula de la sangre con la del cuerpo, sino que es más compleja. Hubiera sido más fácil decir: "Esto es mi cuerpo", "Esto es mi sangre". Pablo ha hecho de la "nueva alianza" el predicado principal de la frase. Puede estar aquí en el fondo el pacto del Sinaí, haciendo de este un nuevo pacto que queda sellado con la sangre de Cristo. Y como con el pan, vuelve a decir: "Hacedlo en memoria mía" (v. 25).

Aquí está la explicación de por qué esto es el memorial del Señor: "Siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que él llegue". Ese anunciar-proclamar tiene valor intensivo que solemniza la proclamación de la muerte del Señor en un acto oficial y público de culto (v. 26).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

El texto se ubica, en la obra joánica, en su sexta semana, la de la tercera pascua, al inicio del libro de la gloria, en la llegada de la "hora" que estaba anunciando desde el principio de su relato. Este evangelio omite el relato de la institución de la eucaristía para centrarse en el lavatorio de los pies. Un hecho con la misma significación, un gesto de amor, un amor nada narcisista, distinto del que concebimos hoy. Un relato que vincula la antigua Pascua con la nueva Pascua vinculada a esta cena. La perícopa completa llegaría hasta el v. 20.

Texto

La fiesta de la Pascua era una fiesta anual que conmemoraba la liberación de Israel de la esclavitud egipcia, su nombre deriva del ángel que pasó sobre las casas de los hebreos matando a los primogénitos (cfr. Ex 12, 1-14). Parece haber una discrepancia entre la cronología de Juan y la de los sinópticos. Para nuestro autor, la cena ocurrió en el día de la preparación de la pascua, cuando se sacrificaban los corderos (cfr. 19, 36; Ex 12; Núm 9,12). Los discípulos celebraron la pascua antes que los demás judíos. Para justificar esto hay historiadores que nos dicen que los judíos del norte contaban los días desde la salida del sol hasta la siguiente salida del sol, mientras que en el sur se contaban desde el ocaso. Esto permitiría celebrar la pascua dos días seguidos en función de la procedencia de cada judío.

Ha llegado la hora de que Jesús pase de este mundo al Padre. Jesús controlaba todo lo que estaba pasando y nunca fue víctima de las circunstancias. A pesar de ello, Jesús nunca flojeó en el amor, un amor hasta el fin, hasta la perfección, hasta estar completos, los amó con toda la medida del amor. Ni la muerte lo podía apartar de su amor, que se verá claramente en el cap. 17.

Tras el primer versículo, el relato da un giro hacia la oscuridad del corazón de Judas. Del amor al odio. De la entrega a la avaricia y la ambición.

Los vv. 3-11 recogen el hecho central de este relato, el lavatorio de los pies. Jesús que es rey, que el domingo fue aclamado como tal, se rebaja (cfr. Fil 2, 6-11), se quita el manto, se humilla, adopta la posición más humilde, la de un esclavo. El mayor de todos, se hace siervo (cfr. Mt 23, 11). Una tarea que debería haberse realizado antes de la cena, la hace ahora el Señor, avergonzando así a los discípulos. No sorprende, pues, que Pedro se resistiera, Pedro no comprendería hasta que tras la ascensión se diera cuenta que el Hijo del Hombre vino para servir y dar su vida en rescate por muchos (cfr. Mt 20, 28). Como había hecho antes (cfr. Mt 16, 22), Pedro supuso que podía decir a Jesús qué hacer o no. Jesús lo corrige y le viene a decir que solo los que son limpiados por Él tienen relación con Él. El lavado es una metáfora de la limpieza espiritual (cfr. Núm 19, 17-19; Sal 51, 2; Is 4, 4; Ez 36, 24ss.; Zac 13, 1). Jesús lava y une a Él a quienes depositan su fe en Él. La naturaleza impulsiva de Pedro le lleva a responder a Jesús con extremos, entendiendo que lo que Jesús hacía era lavar físicamente. Y Jesús, sigue hablando a otro nivel, a nivel espiritual, la limpieza espiritual no requiere lavar lo que está limpio, la muerte de Jesús nos aporta el perdón completo, pero necesitamos la limpieza diaria para librarse del pecado que aún persiste en nosotros (cfr. Fil 2, 12; 3, 12-14). De ahí que afirmase que no todos estaban limpios, pues había quién albergaba en su corazón la envidia y la ambición.

El final del relato, cuando Jesús vuelve a la mesa, habiéndose vestido de nuevo, les explicó lo sucedido (la humillación, la purificación, la salvación). Explicitó su lección, es la respuesta práctica a aquella pregunta sobre quién es el más grande (cfr. Mt 18, 1-4). Él era el más grande porque se había puesto a servirles. El mandato de Jesús es para el servicio, para la disponibilidad.

Pretexto

En el marco de esta celebración, el texto de hoy no solo ilustra uno de los ritos que se llevan a cabo en ella. Ese rito, como la eucaristía en sí misma, tienen el mismo significado. Manifestar el espíritu de servicio, la entrega total por amor, la disponibilidad absoluta. La autodonación pascual. De ahí el verdadero sentido de la celebración del "Amor fraterno". Un amor que se perfeccionará mañana en la cruz y que tendrá la corroboración de Dios-Padre en la noche del sábado, cuando resucite. ¿Qué es para mí la eucaristía? ¿Qué sentido tiene para mí el lavatorio de los pies? ¿Vivo la eucaristía como alimento para vivir el servicio?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

“Padre, ha llegado la hora (Jn 17,1)”

“La hora”. Una meta definitiva en toda vida humana, “la de pasar de este mundo al Padre”. Para Jesús, en plena juventud, con su misión cumplida a medias, rematada con un juicio de mentira y una condena que sólo era permitida para esclavos, la espantosa y terrible crucifixión. ¿Es posible tanta injusticia y tanto fracaso? ¿Dónde está el Padre? En boca del Hijo y con él siempre.

Si Jesús lo invoca desde el primer instante de la tragedia, el misterio queda lleno de Dios; a nosotros sólo nos queda creer, que es confiar y esperar con la fidelidad de los verdaderos creyentes y fieles amigos, con la Madre al frente. Buen ejemplo y guía para cuando nos llegue la nuestra.

“Después de haber amado a los suyos del mundo, los amó hasta el extremo”. Jn 13, 1. Sólo desde el amor, pero el de Dios al mundo, se entiende todo lo que se fue desarrollando a partir de aquella noche del jueves hasta la del sábado. “Todo el pueblo a una respondió: Haremos cuanto dice el Señor”. Éx 19,8.

Este jueves era la luna llena de Nisán (marzo-Abril) la que señalaba la Pascua. Jesús convoca la cena de celebración pascual con los suyos. Esta será su última Pascua y esta cena su último encuentro con ellos.

Preside y bendice la cena con las oraciones de ritual y después sigue rompiendo el pan y dando uno trozo a cada uno, un gesto que asocia con su final, el “des-trozo” de su cuerpo en cruz. Lo expresa con estas palabras: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre: haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía”. 1Cor 11,25.

En la Última Cena Jesús abre una alianza nueva del Padre con la humanidad que él, el Hijo, sellará con su sangre. Comienza una nueva era de salvación para todos los pueblos de todos los tiempos.

“Yo he recibido una tradición que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido”. 1Cor 15, 23. En este escrito de San Pablo tenemos el testimonio más antiguo de lo que dijo Jesús en aquella cena y de cómo lo heredó y lo practicaba la Iglesia. Lo dictó en Éfeso entre los años 54-57.

En el diálogo entorno a la cena y en el camino a Getsemaní Jesús, impotente ante la tragedia de Judas, aprovechó el poco tiempo que le quedaba con ellos para resumirles lo fundamental de su vida, su misión de amor y su mensaje de servicio.

Inventó un gesto nuevo, inédito en su tiempo: interrumpió la cena a la mitad (no después de cenar como traduce la Vulgata, “cena facta”). Quiso mirar a Judas desde sus pies, como humilde gesto para salvarle y ahorrarle su tragedia.

El gesto y la intención resumían su testamento que les formuló con estas palabras como resumen de su vida, de su misión y de su mensaje del Reino de Dios: “Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado: amaos así unos a otros”. Jn 13, 34.

Lorenzo Tous
loenzo@dabar.es



«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?» (Jn 13, 12)



Para reflexionar

En esta celebración del amor fraterno en la Iglesia, ¿qué podemos hacer para demostrarlo en esta Semana Santa con gestos a personas en determinadas situaciones?

La encíclica "Dilexit nos" del Papa Francisco habla del consuelo y comunión que existe entre los dolores de Jesús en su pasión y nuestra comunión actual con él por la fe y la oración.

Para la oración

Señor Jesús, acéptanos a tu lado esta noche en la que "te la llegado la hora". Déjanos pasarla en silencio a tu lado. Intuimos tus sentimientos ante el final de tu vida tan trágico, injusto y misterioso. Desde nuestra pobreza admiramos el misterio de tu muerte. Gracias por haber compartido hasta lo más hondo nuestros miedos, fracasos, soledades, dolores hasta la misma muerte. Gracias, Señor.



Ante ti, Señor, y a tu lado ponemos las angustias de tantos hermanos en agonía. Acepta sus sentimientos, su oración y nuestra solidaridad. Desde tu entereza y tu oración acompaña a los que ayudan a los enfermos, consuela a los más pobres en su soledad y dales esperanza a los que la están perdiendo.



Gracias, Padre, por este misterioso final de la vida mortal de tu Hijo. Con fe adoramos tu unión con él en este trance salvador de la humanidad.

Gracias porque en Él te has acercado hasta

lo más hondo de nuestra realidad humana. Él, el Inocente, ha asumido la angustia ante la muerte, la soledad del traicionado, la lejanía de los amigos, la mentira y el odio de sus enemigos y la ingratitud de sus favorecidos.

Contemplamos en él la redención del pecado del mundo y por ello te alabamos y te damos gracias.

En medio de tanta humillación nos da ejemplo de aceptación del misterio, de amistad fiel, de oración intensa y de paz. En su muerte nos ofrece el don de su Espíritu y de su persona.

Su testamento lo recibimos cuando lavó los pies de sus discípulos como resumen de su vida y programa para todos sus seguidores.

Su presencia entre nosotros por la eucaristía y sus ministros es el regalo más grande que nos deja en herencia.

Con todos los que creemos en él y todos los que le han querido en este mundo, nos reunimos a su lado con todos los ángeles y los bienaventurados del cielo cantando alabanzas y acción de gracias.



Gracias, Jesús, por tu presencia sacramental que podemos recibir.

Gracias por que te podemos acompañar esta noche por la fe.

No lo merecemos, Señor, pero sabemos que la fe va más allá del tiempo y de las distancias.

Muchos comparten hoy tu soledad y angustia mortal. Junto a tu Madre queremos seguir el ejemplo del Cireneo y la Verónica. Acéptanos en tu compañía.

Cantos

Entrada: Alrededor de tu mesa (Palazón); El Señor nos ha reunido junto a Él; Dios nos convoca; Danos un corazón grande (1CLN-718); Nosotros hemos de gloriarnos (Alcalde, Palazón o Madurga).

Gloria: 1CLN-C 4

Salmo: LdS; El cáliz que bendecimos (Palazón).

Aclamación antes del Evangelio: Os doy un mandato (Cantalapiedra) Un mandamiento nuevo (popular).

Lavatorio: Yo soy el que sirve (Brotos); Un mandamiento nuevo (Espinosa); Ubi charitas (Taizé).

Ofertorio: Donde hay caridad (Alcalde); Bendito seas, Señor (Palazón)..

Santo: 1CLN-I 1.

Comunión: Donde hay caridad y amor; Hizo un banquete el Señor (Erdozain); El mandato (Cantalapiedra); Comiendo del mismo pan (1CLN-O 27); Amaos (Kairoi); Es mi cuerpo (Francés); En la cena pascual (Erdozain).

Traslado: Cantemos al amor de los amores; Tantum ergo; Pange lingua; Cerca de Ti, Señor u otros cantos populares.

La misa de hoy

Monición de entrada

Hoy es Jueves santo. En este año jubilar de la Esperanza, celebramos esta cena del Señor como entrega, como servicio, como autodonación. Celebramos, también, el día del amor fraterno, que este espíritu impere en nuestra celebración.

Saludo

Los sentimientos de Jesús llenen nuestros corazones.

Acto penitencial

El silencio sería lo más necesario para estar cerca a Jesús esta noche. Pidamos al Espíritu que nos ayude a conseguirlo.

- Señor, en aquella Última Cena, veías cercano tu trágico final. Queremos imitar tu fe y acompañar a los agonizantes. Señor, ten piedad.

- Señor, acompañaste con amor entrañable a Judas hasta el final. Perdona nuestros pecados y el pecado del mundo. Señor ten piedad.

- Señor, te hemos dejado solo muchas veces en los que sufren, como tu en Getsemaní. Señor, ten piedad.

Perdona, Señor, nuestros pecados. Acepta nuestro arrepentimiento y déjanos estar a tu lado esta noche.

Monición a la Primera lectura

La Pascua era la fiesta de la liberación del pueblo de Israel y se celebraba comiendo un cordero asado con un rito especial.

Salmo Responsorial (Sal 115)

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.



¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava; rompiste mis cadenas.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo.

El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo se hace portador de una tradición recibida. Lo escribió en Éfeso entre los años 54-57, es el más antiguo sobre la Última cena, anterior a los evangelios.

Monición a la Lectura Evangélica

La novedad del gesto de Jesús durante la cena puede considerarse su testamento.

Monición al Lavatorio

El gesto más llamativo de esta celebración es el Lavatorio de los pies, pero su significado es muy profundo. Es el deseo de, como Jesús, estar al servicio de la comunidad.

Oración de los fieles

Unámonos con los sentimientos de Jesús en la Última Cena.

Respondamos: Padre, que todos seamos uno.

- Para aumente Oremos nuestra fe y nuestro conocimiento de la eucaristía. Oremos.

- Para que por la comunión en la eucaristía nos llenemos de la vida eterna que prometió Jesús a los que creyeran en él. Oremos.

- Para que por la eucaristía vivamos la unidad de todos los cristianos. Oremos.

- Para que la celebración de la eucaristía nos lleve a entender nuestra vida como un servicio, sobre todo a los más necesitados. Oremos.

- Para que por el alimento de la eucaristía se fortalezca nuestra fe y nuestro testimonio en medio del mundo de hoy. Oremos.

- Para que la adoración de la eucaristía alimente nuestra fe con horas de paz y de perdón. Oremos.

- Para que por la celebración de la eucaristía nos unamos con los bienaventurados del cielo. Oremos.

Padre, te pedimos que por la eucaristía recibamos el alimento que nos mantenga como hijos tuyos en medio del mundo. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Despedida

Con esta celebración entramos en el Triduo Sagrado de la muerte y Resurrección del Señor. Sigámosle con amor estos días. Vayamos en paz.

Monición al traslado

Nuestra celebración termina, pero antes acompañaremos a Jesús a la capilla para su adoración como el auténtico pan de vida que nos acompañará en la celebración de mañana, Viernes santo. Nutrámonos de ese amor para poder llevárselo después a todos los que nos encontremos en nuestras vidas.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Jueves santo, 17 abril 2025, Año LI, Ciclo C

ÉXODO 12, 1-8.11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino de casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes, y toda la asamblea de Israel lo matará al atardecer. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo hayáis comido. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, comeréis panes sin fermentar y verduras amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el paso del Señor. Esta noche pasaré por todo el país de Egipto, dando muerte a todos sus primogénitos, de hombres y de animales; y haré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde estéis; cuando vea la sangre, pasaré de largo; no os tocará la plaga exterminadora, cuando yo pase hiriendo a Egipto. Este día será para vosotros memorable, en él celebraréis la fiesta del Señor, ley perpetua para todas las generaciones”».

1ª. CORINTIOS 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

JUAN 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?» Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo». Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

